



www.loqueleo.es

© Del texto: 2023, Marina Tena Tena

Representada por Tormenta www.tormentallibros.com

© De las ilustraciones: 2023, Bartolomé Seguí

© De esta edición:

2023, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-525-6

Depósito legal: M-29942-2022

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: abril de 2023

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Julia Ortega y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

MALDITAS MALDICCIONES

Marina Tena Tena

**CABEZA DE GALLO,
COLA DE SERPIENTE.**

Ilustraciones de

Bartolomé Seguí

loqueleo

Prólogo

Me pregunto cuánto tiempo hace que nadie viene a este sitio. Claro, que un edificio no se gana el sobrenombre de «la posada embrujada» si tiene cinco estrellas y servicio de habitaciones.

7

Llevo una vela en la mano que apenas alumbra un par de pasos delante de mí. No porque sea un romántico, precisamente. Cada maldición tiene sus propias reglas y he aprendido que es importante seguirlas, por estúpido que suene. No hay forma de romperlas... ni de escapar de ellas.

El llanto de una niña me pone la piel de gallina. Resuena por los pasillos y es imposible saber de dónde viene.

—Vamos, Loren, puedes hacerlo. Los fantasmas no muerden —me digo tratando de animarme a mí mismo.

Parecía más simple cuando lo planeaba. Entrar a esas ruinas, encontrar a la niña fantasma y salir antes de que la

vela se apagara. Pan comido, ¿verdad? Pero esto no es como las carreras del instituto donde lo importante es participar. Si no lo consigo, bueno..., digamos que la niña tendrá un involuntario compañero de juegos para toda la eternidad.

Sigo avanzando. El techo cruje sobre mi cabeza de una manera nada tranquilizadora. El pulso me tiembla. El llanto parece estar más cerca.

8 Entonces, una mano fantasmal aparece de entre los escombros para agarrar la mía y, cuando me doy cuenta, la vela se me cae al suelo.

—¡Malditas maldiciones! —grito, y me lanzo a recogerla antes de que se apague del todo.

La llama titila, a punto de consumirse. Los sollozos de la niña fantasma se convierten en gritos. En el suelo, como si fuera una burla, descubro un signo de un animal mitad gallo mitad serpiente que hace que el corazón me dé un vuelco. Por desgracia, no es la primera vez que lo veo.

Pero creo que me estoy adelantando demasiado en la historia. Después de todo, ni siquiera nos conocemos. Y seguro que te preguntas cómo he acabado aquí.

Bien, me llamo Loren y encuentro maldiciones. O, más bien, las maldiciones me encuentran a mí.



Martes trece

En realidad, hasta hace poco mi vida era de lo más tranquila. Incluso diría que aburrida. Como he dicho antes, me llamo Loren o Lorenzo para los que no me conocen. Soy un chico bastante normal. Tengo trece años, soy el mejor ciclista de mi equipo y, casi siempre, saco las mejores notas de mi clase.

Mi familia no viene de un antiguo clan de hechiceros ni nada por el estilo. Mis padres tienen una empresa de seguridad: Praesidio. Sí, sí, ya sé cómo suena. Yo tampoco contrataría una empresa cuyo nombre suena a «presidio». Se lo he dicho alguna vez, pero mi madre está muy orgullosa de ello e insiste en que en latín significa «protector». Según ella, es el nombre perfecto.

Son tal para cual: a mi madre le chiflan la cultura clásica y la lectura; a mi padre, las ciencias y las nuevas

tecnologías. Se complementan muy bien, a lo mejor porque los dos son adictos al trabajo. Esto tiene su parte negativa, como todas las reuniones y viajes de negocios que a veces hacen que pase semanas sin verlos.

10 También hay cosas positivas, como que me regalen prototipos de inventos chulos: gafas que me permiten leer en la oscuridad, minicámaras o los últimos modelos de drones. Algunos no son tan impresionantes, como el reloj de pulsera que me despierta con música clásica, pero siguen siendo de lo más útiles.

No son solo para mí, debo compartirlos con Rata. Rata no es ninguna mascota, es mi hermana pequeña. Tiene nueve años, las mejillas redondas como manzanas y, cada vez que se le ocurre una mala idea, una sonrisa traviesa, algo que sucede muchas veces al día. Es rubia, como mi padre, aunque su pelo es un manojito de rizos imposibles. El resto de la familia tenemos el pelo tan liso que Rata se ríe y dice que parece que nos lo haya lamido una vaca.

Rata no se llama así de verdad, claro. De hecho, mis padres tuercen el gesto cada vez que lo digo en público. Que conste que no lo hago para meterme con ella; Catalina es demasiado cursi para una niña a la que le

encanta pasar su tiempo libre buscando bichos en el parque. Ella prefiere que la llame así.

¿Ves? Nuestra vida siempre fue de lo más normal hasta que las maldiciones entraron en ella. Sí, maldiciones. Sé lo que estás pensando. Yo tampoco creía en nada de esto. Nunca he sido supersticioso. Un poco maniático, puede ser: el desorden me pone nervioso, detesto vestir con más de tres colores y me molesta tanto que las cosas no estén alineadas que a veces tengo que apretar los dientes o levantarme a colocarlas bien. En Primaria me llevé algún que otro castigo por ordenarle el escritorio al profesor cuando iba al baño.

11

Pero ser maniático es una cosa y pensar que hay magia es otra muy distinta. No me pongo siempre calcetines blancos porque me vayan a dar buena suerte, sino porque me molesta saber que son de otro color. Las historias de fantasmas me aburren, y las películas de miedo me parecen ridículas: «Hay un monstruo en esta casa. ¡Separémonos!». Venga ya... ¿Se esfuerzan por ponérselo fácil al asesino?

Después de todo, soy el mejor alumno en Matemáticas de todo mi curso. Ya sabéis, las palabras *encantamiento* y

matemáticas no suelen ir en la misma frase. Me habría reído si alguien me hubiera contado todo lo que me iba a pasar en poco tiempo.

Ahora no tengo demasiadas ganas de reír.

12 Esta historia empezó un martes trece. No podía ser de otra manera. Sí, ya sé, en todas las películas americanas el día de la mala suerte es el viernes trece. El viernes; ¿a quién le parece el viernes un mal día? No puede ser tan malo si cae en fin de semana.

Los martes son distintos. Para empezar, tenemos Geografía a primera hora. Y, sí, podéis pensar que no es para tanto. Yo también lo creía, hasta que conocí a Mercedes: nuestra profesora de Geografía e Historia.

¿Sabes ese tipo de gente que habla leeento, tan leeento que cuando ha llegado al final de la frase se te ha olvidado el principio? Añádele una voz tan baja que parezca que le esté hablando al cuello de la camisa. Por si fuera poco, Mercedes nunca cuenta ni un solo dato interesante. O, si lo hace, nadie lo escucha porque habla en un tono tan monótono que es imposible no dormir en su clase. Y más cuando toca a primera hora.

A segunda teníamos Inglés y pensé que el día mejoraría. ¡Ja! El destino parecía dispuesto a hacer aún más miserable ese martes trece. Nos devolvieron los exámenes y pensé que el profesor, Charles, trataba de gastarme una broma. No podía creerme el 8 que había en rojo, al lado de mi nombre, y menos aún la sonrisa del profe.

—Bien hecho, Lorenzo.

—¿Cómo que bien hecho? —resoplé.

Le quité el examen de un tirón para ver cómo había sacado una nota tan baja.

Había fallos absurdos: olvidar las mayúsculas en los días de la semana o doblar la consonante en algunos verbos. Chasquéé la lengua y dejé el examen sobre la mesa con un golpe.

—Ya veo que no ha ido muy allá.

Por supuesto, Diana tenía que burlarse de mí en momentos como ese. Se apartó el flequillo negro para poder lanzarme una mirada triunfante. Levantó su examen para que pudiera ver que tenía un nueve y medio, y una felicitación del profesor. Torcí los labios:

—En Matemáticas no te veo tan contenta.

—Es una asignatura más. Lo que cuenta es la suma de todas —respondió con retintín—. Creía que precisamente tú entendías cómo funcionaban las medias.

14 Diana es mi rival. El año anterior había ganado el diploma al mejor expediente académico sacándome solo una décima, y ese año no pensaba dejar que volviera a pasar. Aunque, al parecer, gracias a ese examen de Inglés empezaba a darle ventaja. Resoplé, apuntando la nota en la agenda. Martes trece. Empecé a plantearme si lo de la mala suerte era algo más que una expresión.

El día no estaba dispuesto a darme ninguna tregua. Esa tarde pinché una rueda en el entrenamiento de ciclismo. No solo no pude terminar la vuelta en lo que iba a ser mi tiempo récord, además me puse perdido de aceite y pegamento al tratar de poner el parche.

—Vas a tener que cambiar la llanta —me dijo la entrenadora, que estaba más pendiente de las marcas de mis compañeros que de echarme una mano.

—¿Hay alguna bicicleta de repuesto? —pregunté, buscando un papel en el que limpiarme las manos.

—Lo siento, Lorenzo —dijo la entrenadora—. Aún están pinchadas, no me ha dado tiempo a mandarlas a reparar.

Tuve que respirar hondo para no estallar. La vuelta a casa se me hizo eterna. Normalmente vuelo sobre la bici, pero esta vez tenía que ir empujándola. Y, por supuesto, Madrid estaba lleno de gente que iba más pendiente del móvil que de lo que tenía delante. Pensaba que el día no podía ir peor cuando el primer trueno retumbó sobre mi cabeza.

15

—No. No, no, no —mascullé. Por supuesto, no sirvió de nada. La tormenta me pilló justo a mitad de camino.

¿Alguna vez habéis arrastrado una bicicleta pinchada empapados desde la coronilla hasta los calcetines? No lo recomiendo. Está entre las peores experiencias de mi vida, justo por encima de asistir a un concierto para violines desafinados.

—Malditas tormentas —me quejé—. Al menos, ya no me puede ir peor.

Decir eso, incluso pensarlo, es como invocar otra catástrofe. Es como tender la ropa o limpiar el coche: hacer

eso provoca que vuelva a llover. Garantizado. Esas son las auténticas danzas de la lluvia de las que alguna vez has oído hablar. Cuando llegué a mi portal, el teclado numérico de la puerta no funcionaba. No solo eso, claro, eso sería poca cosa: la luz entera del bloque se había ido.

16 —¿Y qué más? —resoplé, empapado y helado, subiendo como podía la bicicleta por las escaleras—. ¿Qué más va a pasar hoy?

Ojalá no lo hubiera dicho. A lo mejor no me habría encontrado la siguiente sorpresa.

Tuve que abrir la mochila y sacar todo lo que llevaba, a pesar de la lluvia, para encontrar la vieja llave que guardaba para casos de emergencia. Resultaba mucho más cómodo abrir con el código digital. Era el 1105, cosa de mis padres. Su aniversario de boda es el once de mayo y lo celebran más que sus cumpleaños. Cursis o románticos, como prefieras verlos, pero para ellos es la fecha más importante del año.

Sudaba a pesar del frío cuando por fin llegué a nuestra planta.

—¿Hola? Me vendría bien una ayudita —grité desde la entrada.

Nadie me respondió. Eso me hizo fruncir el ceño. Rata aún estaría en kárate, pero mis padres ya deberían estar de vuelta. No habían dicho nada de reuniones o viajes de negocios. Era extraño que la casa estuviera tan silenciosa.

Con un resoplido, metí la bicicleta de un último empujón. Tiré el paragüero y, con el impacto, el paraguas negro de mi madre rebotó y se abrió en el pasillo. ¿No decían que eso daba también mala suerte? No era supersticioso, pero no necesitaba que continuase la mala racha. Estaba deseando que el día terminara, y no podía imaginar que todavía faltaba la peor parte.

—¿No hay nadie aún?

Tuve una impresión extraña. ¿Alguna vez has tenido la sensación de que te están vigilando? Sentía la piel de gallina y una picazón en la nuca. No ayudaban a tranquilizarme ni la oscuridad ni los truenos ni los bultos que formaban los abrigos en el perchero. Un relámpago iluminó un instante mi alrededor. A pesar del susto, pude ver que estaba solo y solté un suspiro. Pero esa sensación no desapareció.

Cerré la puerta con un portazo demasiado brusco. Me alegré de que mi madre no estuviera en casa, ¡me hubiera echado una buena bronca! Me quité el abrigo y la suda-

dera en el mismo pasillo. Temblaba de arriba abajo: tenía calada hasta la ropa interior.

Atravesé el salón para ir al baño. Estaba poniendo todo perdido. Decidí dejar la ropa chorreando en la bañera antes de que la casa pareciera un parque acuático. Crucé el salón en penumbra, y estaba a la mitad cuando otro relámpago iluminó la salita. Fue breve pero suficiente.

18 Me quedé paralizado, como si hubiera visto un fantasma. Pero cuando mis ojos se acostumbraron a las sombras la visión seguía allí.

Mis padres estaban en la misma sala. Sentados en el sofá. Con la cara pálida, los párpados cerrados y el rostro vacío, sin ninguna expresión.



Los durmientes

¿Alguna vez has escuchado eso de que el tiempo es relativo? Ese momento, cuando descubrí a mis padres inertes en el salón oscuro, duró años. Durante lo que me pareció una eternidad, fui incapaz de moverme. Sentía el agua fría que se deslizaba entre mi pelo y goteaba por mi nuca. La sensación de que alguien me observaba se hizo más intensa.

Pero todo estaba silencioso, y mis padres, inmóviles.

—¿Mamá? —pregunté, acercándome—. ¿Papá?

Puede que me sonara un gallo. En mi defensa, la situación lo justificaba. Si te hubiera pasado a ti, estoy seguro de que también te hubiera temblado la voz. Mis padres nunca paran quietos. Estoy convencido de que siguen firmando contratos incluso cuando duermen. Jamás, en mis trece años de vida, los he visto dormir una siesta. ¡Ni siquiera en los domingos de verano!

Temí que no estuvieran dormidos. Mi padre estaba más blanco que la pared. El flequillo rubio casi le tapaba los ojos. Mi madre se recostaba en él. Inmóviles, parecía que no respirasen.

—Si es una broma, no tiene ninguna gracia —mascullé.

20 Estaba poniéndome de los nervios. Presioné de nuevo el interruptor. Por supuesto, no pasó nada. Seguíamos sin luz en el edificio. Eché mano del móvil. Tenía la pantalla tan húmeda que me costó varios intentos desbloquearlo. ¡Solo quedaba un trece por ciento de batería! Trece..., ¿hasta el teléfono se burlaba de mí?

—Mamá..., ¿me escuchas? —intenté una última vez mientras encendía la linterna—. ¿Os habéis mareado?

Se les veía aún más pálidos con la luz blanca del móvil. Mi madre tenía las manos juntas en el regazo, la izquierda acariciaba la alianza plateada de casados. Sería romántico si no fuera tan siniestro. Tragué saliva antes de acercarme a ellos.

Tenía miedo de tocarlos, pero reuní valor para agarrarla de la muñeca. Solté un suspiro de alivio: su piel estaba cálida y noté su pulso fuerte y tranquilo.

—Despertad —ordené entre dientes.



Me estaba poniendo cada vez más nervioso. Les di un empujón. Sí, ya sé, no es un gesto de cariño, pero quería que respondieran, aunque fuera enfadados. Mi madre se agitó, pero sus párpados seguían cerrados. Sujeté a mi padre por los hombros para sacudirle.

—Papá, venga. ¡Arriba!

22 Mi padre se deslizó hacia delante. Se me escurrió y cayó con un golpe sordo sobre la mesita del salón.

—¡Papá!

Un impacto así bastaba para despertar hasta al más dormilón de los enanitos que acompañaban a Blancanieves, pero mi padre no abrió los ojos. Estaban bien. No tenían una sola herida ni una sola marca. No había signos de pelea ni de forcejeo. Simplemente no se despertaban.

Entonces supe que pasaba algo grave. Peor, algo inexplicable.

En ese instante, escuché un sonido que no tenía nada que ver con la tormenta: un estruendo que me hizo dar un salto en el sitio y, sí, lo reconozco, un grito nada heroico.

Puede que tuviera el corazón golpeando con todas sus fuerzas y que las manos me temblaran, pero aun así me acerqué, casi de puntillas. Suspiré de alivio al ver que se

trataba de la bicicleta. Con la humedad se había resbalado hasta caer al suelo. Pero el alivio solo duró unos momentos. La puerta de la entrada estaba abierta de par en par.

¡La había cerrado! Estaba seguro de eso, porque el sonido del portazo me había hecho temer una regañina. Alguien había entrado en mi casa. No, ¡alguien acababa de salir de ella! Por eso me había sentido observado.

Agucé el oído y escuché algo por encima del golpeteo de mi corazón: ¡no me lo estaba imaginando! ¡Unos pasos bajaban a toda prisa por la escalera! No recomendaría a nadie hacer lo que hice a continuación. Lo seguro era cerrar la puerta y llamar a emergencias, lo sabía, pero no pude contenerme. Salté por encima de la bicicleta y me lancé a la carrera escaleras abajo. Si alguien acababa de salir, ¡aún estaba a tiempo de pillarlo! Las suelas me resbalaban y la tormenta parecía gruñirme, pero no me detuve. Llegué sin aliento a la planta baja. ¡A tiempo de ver cómo la puerta se cerraba!

Mi profesora de Educación Física estaría orgullosa del esprint que di para alcanzar la entrada. Había poca gente por la calle, pero ninguno parecía sospechoso. Una señora de pelo blanco paseaba a dos perritos que temblaban

bajo la lluvia. Un chico ponía en marcha una moto de reparto. Una cartera se refugiaba en el portal de enfrente. Una silueta encapuchada torcía la calle a toda prisa... ¡La silueta encapuchada!

24 Eché a correr detrás de ella. ¡Tenía que ser el intruso! Sonreí de medio lado. Se estaba metiendo en un callejón sin salida, donde solo estaban los contenedores. Fuera quien fuera, tenía un par de preguntas que hacerle. Llegué al callejón con un grito desafiante:

—¡Te atrapé!

Parpadeé. Estaba vacío. Solo un par de gatos me miraban desde debajo de un contenedor, y juraría que se estaban riendo de mí.

Por supuesto, lo revisé de arriba abajo, pero no había mucho donde mirar. No vi a nadie en los contenedores y tampoco quedaban muchos más escondites. Tal vez mi imaginación me había jugado una mala pasada. Sacudí la cabeza y cogí el teléfono.

Tenía que pedir ayuda, y una parte de mí ya sabía que nadie iba a poder dármele.